

ba nuestro pensamiento ilusionándose con el amor de una niña que nos sonrió al volver del colegio.

Día triunfal para mí uno de estos del mes de Diciembre; día de alegría que yo marcaré con el buril de mi entusiasta fraternismo sobre mi corazón amoroso; día de claridad de sol; día de anticipación de Primavera en esta espléndida Andalucía donde pasa mi existir enamorándose con las fogosidades solares y con las sonrisas incitantes de nuestras buenas mujeres.

Este día fué en el que yo hallé al gran espíritu de un escritor que murió hace poco en plena flor primaveral, inflamada su alma en un amor para todas las cosas, sonriendo á la Naturaleza que nos dá pájaros, rosas y mujeres, sonriendo á todos los cariños: el espíritu de Enrique Morales Ruiz.

¿Vosotros no habeis tropezado nunca con ese nombre? Es posible que no: Estas almas nobles, superbamente humanas, no se encuentran á cada momento.

Viven su vida de labor en una ciudad muerta, en los últimos huecos de un periódico provinciano, en la santa paz de una aldea, el recodo de un perdido sendero. Y en las tranquilidades donde deslizan su existir bondadoso, sin ruidos ni ostentaciones aparatosas, encuentran pocos visitantes; la barahunda mundial puede tropezarse con amigos en el *car-net* de una fiesta, en los derroches de una loca embriaguez, en cualquier escena de la farsa que á diario se representa en las mercachiflerías de todas partes pero no halla las sanidades álmicas que siguen su laborar nobilísimo en la tranquilidad de todos los sitios más olvidados.

Enrique Morales Ruiz sangró sus amores, inflamados como los de la Porciuncula, religioso de un cariño que no conoció agrídoces malsanas, en la tranquilidad del Instituto de una provincia durmiente, y, más luego, en las no leídas columnas de un periódico que cuenta á sus abonados cuándo es el cumpleaños de la señora del magistrado A ó B, y que ha sido pedida la mano de la bellísima hija de nuestros queridos amigos los señores de II.

En ese periódico que no traspasa los límites de los pueblos provincianos fué dejando hilos de alma ese gran espíritu de que yo os hablo. El dijo las gracias de las niñas colegialas, y el alma de la nieve, y cantó el dulzor ombriagante de las horas sesteras, y la majestuosa solemnidad de los morados días de la Semana Santa, y la fecundidad de su soleado jardín cuando llegaba la estación primaveral.

Lentamente, lentamente, desgranándose en un afecto para toda la creación, fué diciéndonos cosas de alma; que nosotros no supimos leer á tiempo quizá, pero que no se perdieron, ni se perderán jamás, en un vacío lamentable, porque son inmortales.

Sí, lector bueno, son de la inmortalidad. El espíritu de Enrique Morales Ruiz vive en otros hermanos que un día ú otro hallarás en tu camino.

No muere esa religión de amor humanísimo. Yo mismo te diré de ella muchas veces; yo avanzaré siempre, alta la cabeza y penetrante el mirar buceando en busca del tesoro de los espíritus. Y cuando tengas necesidad de un consuelo para tus dolores, en los tristes momentos de una abrumadora nostalgia, ó de un despertante desengaño, tropezarás con nosotros y podrás sanarte escuchando las altas palabras que te diremos para que ames la vida, que es bella cuando se dá enteramente el espíritu á esa belleza.

Para mí fué un redoblamiento de fuerzas, brisa que nos sana, saudades santas, el en-